



La imagen del inmigrante en la novela española actual

por Maja Zovko

A lo largo del siglo XX la literatura española se ha hecho eco de los fenómenos migratorios que vienen afectando al país, facilitando lugar a la publicación de un gran número de novelas que abordan el tema del exilio, así como el de la emigración española a otros países europeos a mediados del siglo pasado.

El nuevo contexto socio-cultural creado por la masiva llegada de inmigrantes condiciona y enriquece el discurso literario de los autores contemporáneos. En los últimos años, han surgido novelas cuyos protagonistas extranjeros testimonian la diversidad cultural en la España de hoy en día. De esta manera, la novelística española actual expone su particular mirada sobre un país demográfica y socialmente modificado y entrelaza, a través de múltiples enfoques, las historias de los inmigrantes recién llegados y las de los españoles con los que entran en contacto. En sus recientes publicaciones los escritores plasman sobre todo las condiciones de vida de los extranjeros pobres: su situación precaria ocasionada por la falta de papeles, su marginación laboral y, a menudo, el hostil ámbito social al que se enfrentan. Este trabajo pretende, más que abarcar en su totalidad las novelas con la temática inmigratoria publicadas en España, muchas de las cuales “distan de ser obras maestras” (Kunz 2002: 110)¹, trazar los rasgos generales de los protagonistas extranjeros a partir de un corpus seleccionado. Este corpus, representativo del reciente cambio que atraviesa la realidad española, recoge sin tapujos, con conciencia y con protagonismo la voz del *otro*, de los que vienen de afuera con el sueño de encontrar una vida mejor. En el campo de la crítica literaria este tema es todavía nuevo y la referencia bibliográfica respecto al fenómeno de la inmigración en la novela española actual es muy escasa. Por este motivo, el presente trabajo se propone ofrecer una visión de la cabida en la literatura de los cambios en la sociedad española.

¹ Algunas de las novelas con la problemática inmigratoria fueron reconocidos por parte de los críticos: Pablo Aranda recibe por la novela *Ucrania*, el Premio Málaga de Novela; Carmen Jiménez gana el premio Café Gijón por *Madre mía, que estás en los infiernos*; *Una tarde con campanas* de Juan Carlos Méndez Guédez queda finalista del V Premio Unicaja de Novela „Fernando Quiñones”; Juan Bonilla con sus *Príncipes nubios* obtiene el premio Biblioteca Breve.



EL PAÍS DE ORIGEN Y LOS MOTIVOS DE LA INMIGRACIÓN

Los personajes extranjeros que se analizan en este artículo provienen del Magreb y el África Subsahariana (en las obras de *Háblame, musa, de aquel varón* de Dulce Chacón; *Las voces del Estrecho* de Andrés Sorel; así como *Los príncipes nubios* de Juan Bonilla) y de los distintos países de América Latina (Esther Bendahan, *Deshojando alcachofas*; Carmen Jiménez, *Madre mía que estás en los infiernos*; José Ovejero, *Nunca pasa nada*; *Una tarde con campanas* del venezolano residente en España, Juan Carlos Méndez Guédez). La inmigración eslava está representada por los personajes de las novelas *Los novios búlgaros* de Eduardo Mendicutti y *Ucrania* de Pablo Aranda.

Los motivos de la inmigración, en la mayoría de los casos, se concentran en tres aspectos: las necesidades económicas existentes en el país de origen, la situación política y los malos tratos familiares.

Con dieciséis años y sueños de una vida mejor, Aisha, la protagonista de *Háblame, musa, de aquel varón*, la novela de Dulce Chacón, cruza el Estrecho en una patera en cuyo naufragio muere su novio, Munir. Yunus, un argelino, personaje de la misma obra, huye del integralismo que sufre su país. Así también, la familia retratada en *Una tarde con campanas*, de Juan Carlos Méndez Guédez, deja su tierra natal debido al militarismo dominante en Venezuela y los problemas económicos. La dominicana Daniris, protagonista de *Deshojando alcachofas*, de Esther Bendahan, sueña con una vida de bienestar al otro lado del Atlántico. Su compatriota, Adela Guzmán Santana, de la novela *Madre mía que estás en los infiernos*, huye de la República Dominicana para escaparse de los malos tratos de su ex marido, el general Reinaldo Unzueta, con la esperanza de poder asegurar de esta manera un buen porvenir a sus tres hijos. En tanto, Olivia, la asistente doméstica ecuatoriana retratada por José Ovejero en *Nunca pasa nada*, emigra a España para poder pagar los gastos de la operación y la hospitalización de su madre. El sudanés Boo, en *Los príncipes nubios* de Juan Bonilla, proviene de una "tribu africana martirizada por la presión islamista en el sur del Sudán" (Bonilla 2003: 91).

Las historias más estremecedoras y desgarradas vienen de *Las voces del Estrecho*, de Andrés Sorel, novela poblada por las voces fantasmas de los hombres y mujeres que desaparecieron en las aguas mediterráneas mientras intentaban atravesar el Estrecho: como las de las jóvenes marroquíes, unas obligadas a casarse con hombres maduros para poder sobrevivir y que han naufragado ya en sus vidas en unos matrimonios tortuosos, otras maltratadas y forzadas a prostituirse o violadas en la comisaría. Junto a la historia de un marroquí cegado por su amor hacia una mujer española, aparecen los terribles testimonios de emigrantes procedentes de Guinea o Níger que sacan a la luz las verdaderas tragedias que se esconden tras los titulares periodísticos que informan de las cifras de los desaparecidos de las pateras naufragadas cerca de las costas canarias y andaluzas.

Caso aparte sería el de Eduardo Mendicutti y su brillante novela *Los novios búlgaros*. Con humor y desparpajo, el autor pincela el perfil de los inmigrantes búlgaros que, reunidos en la madrileña Puerta de Sol, ejercen la prostitución a principios de la década de los noventa. Se trata de un raro ejemplo donde la prostitución no se critica



bajo el prisma de la explotación de los pobres por parte de los ricos, sino que de modo irónico se pone de relieve “la falta de vocación y profesionalidad” de los búlgaros (Kunz 2002: 139) que vienen a España en búsqueda de “El Dorado capitalista” (*ibid.*: 141)

Otro ejemplo de la inmigración eslava lo constituye el libro de Pablo Aranda, *Ucrania*, en el que aparece, entre otras, la historia de Elena, una chica ucraniana que contrae matrimonio con un español por el único fin de obtener la nacionalidad de un país europeo.

Juan Goytisolo afirma en su libro *Peaje de la vida. Integración de la emigración en España*, escrito en colaboración con Sami Naïr, filósofo y sociólogo de origen argelino, que “la inmensa mayoría de estos inmigrantes extracomunitarios son retribuidos por debajo de su nivel académico” (Goytisolo 2001: 118) y que en España se establecen dos categorías de trabajadores inmigrantes: los *buenos*, a los que se les llama, y los *desheredados*, a los que se les explota (*ibid.*: 119). Las novelas citadas reflejan más bien esta realidad desfavorecedora del inmigrante, su desprotección legal y, como consecuencia marginación, laboral.

LA SITUACIÓN LEGAL Y LABORAL

Las preocupaciones primordiales de los inmigrantes giran en torno a la regularización de su situación en España. Ya la propia llegada a la Península, tanto por vía marítima como aérea, está marcada por el miedo a ser repatriados. En la novela de Chacón, Farida da a Aisha pautas de cómo hay que adaptarse a la situación ilegal: dar un nombre falso para evitar la expulsión y asegurar ser de nacionalidad argelina. La viejecita Dormitila, uno de los personajes secundarios de la estupenda, a la vez divertida y conmovedora novela de Juan Carlos Méndez Guédez, *Una tarde con campanas*, se hace la desorientada y senil cuando el policía le pide que le muestre los papeles. En la misma novela, el pequeño narrador-protagonista cuenta cómo su familia le enseñó la respuesta que debía dar a la policía de Barajas inventando que venía para una estancia de dos meses a visitar a su tío Paco. Irene, la africana de *Los príncipes nubios*, llega embarazada en una patera al litoral español, a sabiendas de que esto le facilitará evitar la expulsión. La dominicana Daniris confiesa sentirse de esas madrileñas que no tienen papeles (Bendahan 2005: 229) y Adela logra cruzar la frontera en Barajas bajo la mentira de que venía a realizar una investigación. El búlgaro Kyril, el único protagonista de las novelas citadas que logra arreglar su permiso de residencia gracias a un contrato de trabajo, al final se aprovechará despiadadamente de la “caballerosidad” de su cliente, Daniel Vergara, que, para legalizar la situación de aquél, primero le concede una beca que funda su empresa y luego lo emplea como su chófer.

Paralelamente, a los que van a venir a España de forma legal les espera un largo proceso de trámites que pocas veces da los frutos deseados. Mendicutti describe la saturación del Consulado Español en Sofía delante del cual se forma cada mañana una interminable cola de los búlgaros que desean salir del país, y un cartel con la



información del horario (de 9:30 a 11:30), con un lapso de dos horas que es insuficiente para recoger todas las solicitudes.

Limitados por la falta de permiso de trabajo, los inmigrantes disponen de escasas salidas laborales. Además, la mayoría de ellos proviene de los estratos bajos de la sociedad y poseen una deficiente educación escolar. De esta manera, entran en un círculo vicioso del cual difícilmente pueden salir: por un lado, para obtener el permiso de trabajo se precisa tener un contrato laboral y, por el otro, para poder acceder al mercado laboral se necesitan tener los papeles de residencia y trabajo previamente arreglados. Debido a esta precaria situación, los inmigrantes ejercen su jornada laboral en negro o se dedican a la delincuencia y la prostitución. En cuanto a las mujeres protagonistas, muchas de ellas son asistentes del hogar (Danires, Olivia, Aisha, Adela, Elena)², otras cuidan de las personas mayores (Somaira, *Una tarde con campanas*); a la prostitución están dispuestos a dedicarse Kyril, Boo e Irene, a la delincuencia Kyril (tráfico de coches robados) y a los trabajos ilegales Boo, que participa en luchas clandestinas. Algunos personajes trabajan en la construcción (los personajes masculinos de *Una tarde con campanas*), en el campo y en los invernaderos, y en concreto los búlgaros como porteros de las discotecas madrileñas. Los mismos inmigrantes informan sobre la distribución de los negocios clandestinos entre los distintos grupos de extranjeros, según los cuales:

Los nigerianos controlan el negocio de la heroína, los sudaneses están metidos en lo de las luchas clandestinas, otros se las arreglan convirtiéndose al Islam y buscando apoyo en los hermanos ricos de Marbella, hay quien precisa de la colaboración de alguna ONG, son las que buscan pisos que podamos compartir. Málaga Acoge tiene todo un pabellón donde meten a los que están a la espera de que los repatrien. (Bonilla, 2003: 166)

En ocasiones, la situación laboral produce complejo de inferioridad y sentimiento de inseguridad. Daniris, que soñaba con ser maestra un día, se lamenta: "¿Qué soy yo sino una criada? Eso quiere decir esclava, electrodoméstico" (Bandahan 2005: 32). Adela, que ejerció de maestra en su República Dominicana natal, se muestra decepcionada ante la advertencia de su amiga de que el único trabajo para la gente como ellas es en el servicio doméstico, ya que "quien nació para estropajo, del fregadero no sale" (Jiménez, 2007: 19). Incluso teniendo los papeles necesarios y la licenciatura universitaria, los inmigrantes no logran despegar en ningún otro terreno

² Es curiosa en este contexto la observación de Goytisoló en su ensayo "Españolas en París, moritas en Madrid", en el que hace referencia a un manual francés del año 1964, *Guide biligue ménager*, con el dibujo de una española con delantal y cofia, donde se advierte al que contrata a las chicas españolas para el servicio doméstico que no se inquiete "si un día encuentra su cocina invadida por un grupo de amigos o parientes españoles, recién llegados a Francia sin nada para comer, ni dónde dormir... pero sobre todo no piense que tiene que hospedar, a la fuerza, a toda España y que los españoles son unos invasores y unos frescos..." (Goytisoló 2001: 190), destacando de esta manera que España hasta hace poco ha sido un país de emigrantes.



profesional. Elena, la protagonista ucraniana de Aranda, acaba en una casa como limpiadora interna, saliendo apenas los domingos, a pesar de haber leído probablemente más libros que los que entre el señor y la señora de la casa (Aranda, 2006: 222-223).

Debido a esta falta de un trabajo estable y bien remunerado, las condiciones de vida de los inmigrantes son pésimas. Residen en casas que comparten con un gran número de personas, casi siempre compatriotas. Daniris confiesa que pasó un mes buscando trabajo y durmiendo cada día en un departamento distinto de amigos (Bandahan, 2005: 32), pero cuando encontró empleo de interna y obtuvo por fin una habitación propia, la familia que la había empleado no le permitía poner pie en la calle. Olivia, que "al principio había vivido con un montón de chicas, ni siquiera sabía exactamente cuántas, en un piso que no tenía ni cocina porque se había aprovechado todo el espacio para poner camas: un pequeño cuarto de baño y gracias" (Ovejera, 2007: 17) y donde existía incluso el turno para dormir en una cama, al final consiguió convivir con sólo dos chicas ecuatorianas, en una piso diminuto. Incluso como interna Elena tiene que compartir con Luzmila, asistente colombiana de la familia, un dormitorio, como confiesa la protagonista, demasiado pequeño para tanto rugido, al igual que en su poca cabeza habitan demasiados pensamientos (Aranda 2006: 244-245). Al principio, cuando se le acababa el subsidio de la Cruz Roja, Kyril dormía dentro de cualquier coche aparcado en la calle y se duchaba en los baños públicos de La Latina (Mendicutti, 2003: 18), luego pasó a un piso donde dormían hasta tres búlgaros en una misma cama para que, dispuesto a hacerse rico sin trabajar, después de una serie de empleos de dudosa legalidad, consiguió alquilar un apartamento donde no cabían "todos los aparatos electrodomésticos y audiovisuales que Kyril siempre había considerado imprescindibles para sentirse a salvo de la miseria" (*ibid.*: 192).

Si a todo esto se une la desconfianza de los españoles hacia los extranjeros, se favorece aún más esta imagen del inmigrante desprotegido plasmada en la mayoría de las novelas. Como ejemplo, cuando Somaira llama al teléfono de los anuncios de prensa para alquilar un piso, "todo el mundo le colgaba cuando le oían el acento" (Méndez Guédez, 2004: 165), y la amiga de Adela le asegura que aunque tenga trabajo, nadie le rentará un piso porque sólo los alquilan a los españoles (Jiménez, 2007: 27) y por eso le recomienda el trabajo de interna, porque así conseguirá al menos una habitación.

Por todos estos motivos, los inmigrantes se refugian en los recuerdos de su pasado en su país, en la nostalgia (que combaten con el único deseo de poder volver) y en las reuniones con sus paisanos. Al final, todo se resume en que el único paraíso es el que se pierde al abandonar la infancia (Sorel 2000: 31).

LAS COSTUMBRES Y LA RELIGIÓN

La nueva vida conquistada en España, lejos de la imagen idílica con la que en principio habían soñado, produce una profunda soledad y nostalgia. El pequeño protagonista de *Una tarde con campanas*, se muestra extrañado por tantos lamentos de



sus familiares adultos que dicen sentir nostalgia y que constantemente destacan sus orígenes venezolanos (Méndez Guédez 2004: 55), Daniris se refiere a una soledad europea, conquistada en España (Bendahan 2005: 229), Olivia echa de menos el sonido de la lluvia de su tierra, Adela comenta sus salidas melancólicas por Madrid en busca de pequeñas cosas que le recordaban a su país, a su gente, a sí misma: la estatua de Colón, la bandera de la República Dominicana ondeando en la embajada (Jiménez, 2007: 59). Debido a este permanente sentimiento de extrañaza de su propio país, sus sabores y olores, los inmigrantes evocan las escenas de su infancia y juventud, y se reúnen con sus compatriotas para compartir sus penas y pasar ratos de diversión.

Aisha coincide con otros marroquíes indocumentados en casas abandonadas para recibir "noticias de los que no habían conseguido alcanzar la costa, de los que fueron detenidos al desembarcar, y también de los ahogados" (Chacón, 2007: 94). Los venezolanos se reúnen en el parque, donde se juntan con otras familias y cocinan caraoas, arroz, tajadas fritas, pero huyen de ahí cuando se acerca la policía y dejan por medio sus platos de comida (Méndez Guédez, 2004: 149). El único lugar donde disfruta la ecuatoriana Olivia es El Retiro, donde alquila con sus amigas una barca y

con los ojos cerrados, una mano colgando indolentemente sobre la borda, el frescor del agua trepando por los dedos, el sol calentándole la cara (...), se imagina entonces muy lejos de ese estanque, en otra barca, rodeada de otras voces, en casa, no de regreso, sino como si no se hubiese marchado nunca (Ovejero, 2007: 74-75).

Las dominicanas, muchas de ellas internas, acuden a las salas de baile para desahogarse el único día que libran en la semana. Así encontramos a Adela en una discoteca latina de Madrid, observando a unas mujeres caribeñas de la edad de su madre que frenéticamente contorsionan las caderas y nalgas al ritmo de una bachata. Algunas de ellas proceden de su mismo pueblo, pero con sus movimientos desbocados estas campesinas y amas de casa se vuelven personas extrañas a los ojos de la protagonista. Su prima le explica que lo hacen para desfogarse, pues son mujeres que han pasado de la vida extrovertida que llevaban en la República Dominicana, con sus casas siempre abiertas a la familia y a los amigos, el calor y el aire libre, a trabajar encerradas, como internas (Jiménez 2007: 40).

En algunas novelas se pone de relieve la relación de los inmigrantes con la religión, a diferencia de otros personajes españoles en las mismas obras. Las malas condiciones de vida y el sentido de desprotección así como la proveniencia de unos países más agarrados a las tradiciones confluyen en el hecho de que se resalta la religiosidad de los personajes extranjeros; así, Aisha y Farida "juntas rezaban sus oraciones y juntas pasaban hambre en el Ramadán" (Chacón 2007: 95). A diferencia, en la cocina de la familia venezolana retratada en *Una tarde con campanas*, son visibles una estampita de San Antonio, una de Santa Lucía, una de María Lienza y una de la virgen. La madre del protagonista les pone una vela y les reza, pero también lo hace su hermana, Somaira, cuando se ha puesto grave la señora a quien cuidaba, cuya familia le paga casi lo mismo que a las mujeres que tienen ya sus papeles y sus permisos (Méndez Guédez 2004: 113).



Olivia busca consuelo y ayuda en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, mientras que Adela narra las costumbres supersticiosas de la República Dominicana, pero ello tiene en el texto una función meramente folclórica, reflejo de la necesidad de la protagonista de mantener viva en su memoria la imagen de su país: el bautizo de una casa nueva para ahuyentar a los malos espíritus o la creencia en los poderes del bacá, un ser maligno con apariencia animal que protege los bienes (Jiménez 2007: 142).

Los inmigrantes se muestran más fieles que los españoles a las ceremonias tradicionales. Aisha lamenta no haberse casado según las costumbres marroquíes, con todos los obsequios y los arreglos, los dibujos de alheña en sus manos, con los bailes, el té para las mujeres y el incienso traído de La Meca cuyo “perfume rebasaría las tapias y las azoteas, y anunciaría su boda a los que aún no se hubieran enterado (Chacón, 2007: 104-105)”. Kyril y su novia Kalina, aparte de la boda contraída por lo civil en Madrid para facilitar el arreglo de los permisos de ésta, y para cuya ocasión la novia “se puso como si fuera la hija de un traficante de armas árabe (Mendicutti 2003: 127), también tienen planeado irse a Bulgaria y “casarse por el rito ortodoxo, en una iglesia llena de iconos probablemente falsificados y un ejército de familiares endomingados contribuyendo a la solemnidad e importancia que exigía a toda ceremonia nupcial” (*ibid.*: 130).

Las pequeñas diversiones en los escasos ratos libres y el lazo de unión con las costumbres y tradiciones de sus países sirven para aliviar el dolor causado por el desarraigo y los sueños quebrantados, revivir el contacto con las raíces y superar la gran desilusión que ha conllevado la inmigración.

LOS SUEÑOS ROTOS

La vida en España, para la mayoría de los protagonistas, no ha cumplido con el deseado porvenir. Lo que antes se presentaba como la Tierra Prometida se convierte en las cárceles y los naufragios interiores de los personajes, cuyas vidas terminan, en ocasiones, en auténticas tragedias. Aisha empieza a librarse del dolor y el pánico, que le acompañaban desde que sobrevivió al hundimiento de la patera, al conocer en un curso de alfabetización a Pedro, que será su futuro marido (Chacón, 2007: 92). Sin embargo, los dos serán asesinados a manos de un grupo de jóvenes radicales en Punta Algorba, metáfora de su triste travesía ya que Algorba significa “expatriación”, “abandonar la patria” (*ibid.*: 174). Daniris compara la soledad que la azota al llegar a España a un fruto salvaje que al comerlo se “se convierte en un abismo en tu estómago que te inunda” (Bendahan 2005: 32). Lejanos quedan sus sueños de ser maestra y empieza a sentir nostalgia de quien no era (*ibid.*: 137) por lo que se refugia en un nuevo sueño, el de volver y construir una casita de madera con jardín (*ibid.*: 228). Olivia muere a causa de una enfermedad cardíaca que ya padecía antes de llegar a España y de la cual por falta de dinero no pudo operarse nunca. En Madrid su vida se reduce al trabajo, unos pocos momentos felices con sus amigas, acosos por parte de quien le prestó el dinero para el viaje, que ella luego dio para la operación de su madre, y la limitación económica. Su mismo jefe, el señor en cuya casa trabaja, no ve fin a sus penas:



Esa chica nunca saldría de la miseria pensando así: bueno, de la miseria quizá; lograría alquilar un apartamento chiquitito, enviar unos dólares a casa para que pudiesen sobrevivir familiares, regresaría con unos ahorrillos que se gastaría enseguida allá, se casaría con un hombre de la misma extracción que ella, con la misma estrechez de miras; tendría hijos, muchos, y ellos estarían condenados a repetir el ciclo atravesado por su madre. (Ovejero 2007: 221).

La inmigración tiene un efecto autodestructivo en otros personajes como por ejemplo Adela, que reflexiona así:

La inmigración me estaba instalando en una sensación de duelo permanente. Duelo por haber dejado a mis hijos. Duelo por el estatus social perdido. Duelo por el tipo de trabajo que tenía que hacer. Tanto duelo minó mi autoestima y me generó una ansiedad que se tradujo en algunos síntomas preocupantes: insomnio, dolor de cabeza, fatiga... Perdí las ganas de comer, de trabajar, el sueño. (Jiménez 2007: 73-74).

Ella es la única protagonista que vuelve a su país, aunque no se realizó ni profesionalmente ni económicamente en España. En una de las historias desgarradoras del libro de Sorel, uno de los "ángeles dolientes", un chico que intenta en una segunda vez superar la travesía tras ser expulsado de El Ejido, a pesar de que la vida que desarrolló allí era todo menos idílica, se encuentra la siguiente cita que describe la marginación del inmigrante indocumentado en España:

Sin papeles no eres nadie, de significado carece la palabra *libertad*. Imposibilitado de abandonar el lugar donde trabajas y vives, sea aquí o en una casa de servicio, en un prostíbulo o en el campo en que faenas las fresas, hombre o mujer, no puedes enfermar, porque no existe médico ni hospital al que acudir, sin papeles, ni divertirte por el riesgo que entraña que pueda interceptarte la policía, y en cuanto tu diferente presencia asoma a un comercio, a una sala de baile, a una calle o plaza solitaria, la sospecha es el único visado que ofreces a la alargada sombra de la ley (Sorel 2000: 31).

Otro personaje que se está cuestionando su felicidad en el nuevo país, es la ucraniana Elena, para la cual es infinitivamente duro, espeso y doloroso estar lejos de su hijo, Viktor, (Aranda 2006: 218).

Quienes no se muestran prácticamente nostálgicos o melancólicos, por haber dejado su país, son los personajes búlgaros de Mendicutti. A ellos España se les presenta como una tierra de oportunidades innumerables para ganar dinero ilegítimamente y enriquecerse sin trabajar. Sus sueños son otros: lucir una gorda cadena de oro al cuello, muchas sortijas y un *porsche*. A diferencia de otros inmigrantes, que tenían una historia extraordinaria detrás, arrastraban una tragedia llena de familiares muertos y esperanzas rotas (Bonilla, 2003: 165) y que veían en España una



forma de ayudar a su familia, la pareja búlgara quiere mostrar durante su viaje a Bulgaria el éxito que cosecharon en un Estado occidental gastando dos mil dólares que para esta ocasión les regaló Daniel Vergara. Siendo muy distinta la imagen plasmada de los eslavos, el narrador-protagonista español concluye que “todos los búlgaros enumeraban de golpe sus infinitas desgracias, sin el menor pudor, y en seguida pedían dinero” (Mendicutti 2003: 39).

En líneas generales, a pesar de las adversidades con las que se encuentran los inmigrantes y la decepción que les ha producido la experiencia del contacto con el país receptor, que se les aparecía como el paraíso desde otra orilla, siguen adelante, ya que “la emigración es un camino que, pese a sus dificultades, cuesta menos andar que desandar” (Jiménez 2007: 47)

CONCLUSIONES

Las actuales novelas españolas que abordan el tema de la inmigración, publicadas hacia los finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, difieren en cuanto a su calidad literaria, estilística y argumental. Algunas de ellas lanzan un claro mensaje llamando la atención sobre las tragedias que sufren los inmigrantes recién llegados a tierra española mientras que otras integran en sus relatos los personajes extranjeros relacionados con las redes de mafias para introducir el elemento de misterio y de tensión. El tipo de inmigrante retratado en la mayoría de las novelas comentadas no dista mucho de los prejuicios de los ciudadanos del país receptor y que se reduce, en muchos casos, a una imagen polarizada que oscila entre la víctima y el aprovechado abusador dedicado a la delincuencia. El inmigrante que entra en escena es, sobre todo, un inmigrante pobre, sin suficiente educación, proveniente de los estratos más bajos de la sociedad, víctima y marginado tanto en su propio país como en el de acogida. En ocasiones es doblemente perseguido: por parte de los españoles, que controlan su estatus legítimo, así como por parte de sus propios compatriotas que utilizan su desprotección legal para sacar provecho y que constituyen, de esta manera, el prototipo del inmigrante delincuente. Debido a esta situación no esperada de la tierra de recepción, surgen en el inmigrante los sentimientos de soledad y nostalgia y el distanciamiento hacia la cultura de su nuevo país. Los autores españoles y extranjeros afincados en España intentan reflejar, con más o menos conocimientos y documentación, el microcosmos creado alrededor de la vida de un inmigrante y adentrarse en su mundo interior para poder ofrecer al lector otra mirada de una realidad que está modificando la configuración socio-cultural en España y la cual estamos acostumbrados a observar desde el tamiz de los medios de comunicación, cifras estadísticas o planes del Gobierno, sin tener en cuenta la vida escondida detrás de cada de estas informaciones.



BIBLIOGRAFÍA:

Albaladejo Mayordomo T., 2008, "Migración y representación literaria", A.M. Bañón Hernández y J. Fornieles Alcaraz (ed.), *Manual sobre comunicación e inmigración*, Tercera Prensa, San Sebastián, pp. 295-308.

Bendahan E., 2005, *Deshojando alcachofas*, Seix Barral, Barcelona.

Bonilla J., 2003, *Los príncipes nubios*, Seix Barral, Barcelona.

Chacón D., 2007, *Háblame, musa, de aquel varón*, Santillana, Madrid.

Gopegui B., 2007, *El padre de Blancanieves*, Anagrama, Barcelona.

Goytisoló J., y Naïr S., 2001, *El peaje de la vida. Integración de la emigración en España*, Santillana, Madrid.

Jiménez C., 2007, *Madre mía, que estás en los infiernos*, Siruela, Madrid.

Kunz, M., 2003, "Dramas de la inmigración", *Quimera, Revista de literatura*, nº 231, pp. 12-17.

—, 2008, "Léxico e inmigración", A.M. Bañón Hernández, y J. Fornieles Alcaraz (ed.), *Manual sobre comunicación e inmigración*, Tercera Prensa, San Sebastián, pp. 95-109.

Méndez Guédez, J. C., 2004, *Una tarde con campanas*, Alianza, Madrid.

Mendicutti, E., [1993] 2003, *Los novios búlgaros*, Tusquets, Barcelona.

Ovejero, J., 2007, *Nunca pasa nada*, Alfaguara, Madrid.

Sorel, A., 2000, *Las voces del Estrecho*, Muchnik Editores, Barcelona.

Andrés-Suárez I., M. Kunz M. e I. D'Ors, 2002, *La inmigración en la literatura española contemporánea*, Verbum, Madrid.

Andrés-Suárez I., 2004, "Mitos e imágenes de la migración en la literatura española contemporánea", Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso (eds.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Juan de la Cuesta, Nueva York, pp. 53-63.

—: 2004, "Inmigración y la literatura española actual: Las voces del Estrecho, *España contemporánea. Revista de literatura y cultura*, Tomo 17, nº 1, pp. 7-24.

—, 2003, "La emigración en el mundo hispánico", *Quimera, Revista de literatura*, Nº 231, pp. 10-11.

—, 2003, "Emigración y cuento literario. Los extraviados en tierra ajena", *Quimera, Revista de literatura*, nº 231, pp. 18-24.

Maja Zovko es profesora de literatura española e hispanoamericana en la Universidad de Zadar. Tesis de doctorado titulada: *Carmen Martín Gaité, Ana María Matute y Elena Quiroga*. Otras publicaciones: *Tres novelistas de posguerra en la Universidad Autónoma de Madrid*, 2006; *Escritoras y figuras femeninas entre italiano y castellano*, Università di Bergamo.

mzovko@unizd.hr